
Drones. Sombras de la guerra contra el terror,
Enric Luján 163
Nuria del Viso

Narcotráfico y crimen organizado. ¿Hay alternativas?,
Mabel González Bustelo 165
Jordi Armadans

Razón, fe y revolución,
Terry Eagleton 167
Jon E. Illescas

**La primavera árabe revisitada. Reconfiguración del
autoritarismo y recomposición del islamismo,**
Ignacio Álvarez Ossorio (ed.) 170
Miguel Hernando de Larramendi

Rutas sin mapa. Horizontes de transformación ecosocial,
Emilio Santiago Muiño 173
Luis González Reyes

DRONES. SOMBRAS DE LA GUERRA CONTRA EL TERROR

Enric Luján

Virus, Barcelona, 2015

175 págs.

Ya desde finales del siglo XX y especialmente con la entrada en el siglo actual, la guerra clásica tal como la describió Clausewitz no es ni la única ni siquiera la más importante amenaza para la seguridad nacional, tal como venía siendo habitual. Además del terrorismo, fenómenos como la inestabilidad económica y financiera, la vulnerabilidad energética, las emergencias y catástrofes naturales, o incluso los denominados flujos migratorios irregulares son algunas de las nuevas amenazas, que recoge, por ejemplo, la vigente Estrategia de Seguridad Nacional española. El sensible cambio en las prioridades de la seguridad estatal entre los países industrializados y la búsqueda de nuevas formas de rentabilizar tecnologías desarrolladas con fines militares han potenciado el rápido desarrollo y propagación de los vehículos aéreos no tripulados, más conocidos como *drones*. Se trata de una tecnología versátil que sirve tanto para usos militares (vigilancia, recogida de información, ataques, etc.) y de seguridad pública (monitorización en eventos masivos, vigilancia en manifestaciones y control de fronteras) como puramente civiles (inspección de infraestructuras, búsqueda y estudio de restos arqueológicos, vigilancia de cultivos en grandes superficies o, últimamente, la entrega de pedidos a domicilio). Los drones constituyen una nueva oportunidad de negocio; se estima que este mercado podría alcanzar los 90.000 millones de dólares en apenas unos años. La popularidad de esta tecnología resulta innegable; basta teclear el término en un conocido buscador de internet para obtener un largo listado de páginas que los venden a buen precio. La versatilidad y popularidad de estos artefactos han llevado a Enric Luján, autor de *Drones. Sombras de la guerra contra el*

terror, a hablar de “cultura del dron” más que de “drones” a secas.

EE UU fue pionero en la utilización de drones con fines militares a partir de que George Bush lanzara en 2001 la “guerra contra el terrorismo” y la consiguiente ocupación de Afganistán. Su uso se ha ampliado después a otros lugares, las áreas tribales de Pakistán y algunos de los denominados Estados “canalla”: Somalia, Libia y Yemen, en lo que autores como Jeremy Scahill han denominado “guerras sucias”. Hasta la fecha, se han realizado al menos 500 ataques con drones en los que han muerto unas 4.000 personas, de las que al menos una cuarta parte eran civiles inocentes. Se trata solo de los datos confirmados; dado el secretismo de estas operaciones las cifras reales serían mucho mayores.

En este momento, más Estados se suman al interés (y uso) por estos artefactos: Reino Unido ya los utiliza como arma de ataque; España ha adquirido cuatro artefactos; y China dispone ya de un prototipo militar alternativo al que ofrece EE UU. También Estados que figuran en las listas negras internacionales como Irán, Siria y Sudán. Pero el uso de esta tecnología se ha hecho accesible también a actores no estatales, como Hamas, Hezbollah y, más recientemente, Daesh.

Son precisamente los usos militares del dron los que plantean más incertidumbres y en los que se centra el oportuno libro de Enric Luján, que realiza un repaso histórico y político de esta tecnología que, si bien en sí misma tiene aún un corto recorrido, forma parte de una larga historia de control social y uso de la violencia estatal.

Luján, colaborador del Centre Delàs d'Estudis per la Pau y miembro de la asociación Críptica, examina el dron como instrumento militar y se pregunta por los engranajes invisibles del artillugio, es decir, las lógicas sociales en las que el uso del dron cobra sentido. Así, lo identifica como un conjunto de relaciones sociales establecidas en el contexto de las actuales guerras asimétricas llamadas de “cuarta genera-

ción”, idea en la que se insiste a lo largo del libro. El autor nos alerta del error del actual enfoque en este debate que mira el árbol –o, en este caso, el dron– sin ver el bosque, o, en nuestro caso, ese entramado de relaciones sociales y entre países atravesadas por el poder.

El autor utiliza el enfoque teórico centro-periferia para presentar sus argumentos. El carácter dicotómico de esta teoría, que podría resultar un obstáculo en otros contextos, sirve aquí para resaltar, primero, la visión maniquea y sin matices que sustenta el entramado del dron de acuerdo a los presupuestos de la “guerra permanente”; y, segundo, pone de manifiesto esa frontera física y simbólica entre los que están dentro de la “fortaleza” del primer mundo y la inmensa mayoría que queda fuera, los “atacables”, los “prescindibles”. En este sentido, la “cultura del dron” se convierte en un elemento que encapsula el sentido común de nuestro tiempo en lo que al uso de la fuerza se refiere al actuar como pieza angular de la «violencia imperialista», que resulta en la implantación de un nuevo orden global de exclusiones y expulsiones.

En este sintético libro, el autor repasa varios de los aspectos más perversos de la “cultura del dron” y sus implicaciones políticas. Luján se adentra en las repercusiones del cambio de enfoque en la forma de hacer la guerra a principios del siglo XXI a la vista de las desastrosas consecuencias de las “guerras contra el terrorismo” y de la “exportación de la democracia” de la primera década. Lejos de desaparecer, la guerra se desplaza geográficamente a los extrarradios del mundo y simbólicamente desaparece de nuestras pantallas para quedar oculta detrás de “quirúrgicas” operaciones con drones de las que no quedan imágenes, aunque sí los muertos: la persona objeto del ataque y aquellos que se encontraron en el lugar, que ya no se consideran “víctimas colaterales”, sino combatientes. Desaparecen así las víctimas inocentes que resultan tan incómodas para los gobiernos expedicionarios. También se difuminan las responsabilidades, repartidas en una red de agen-

cias con competencias compartidas, organigramas y líneas de mando. Y, sobre todo, se logra el objetivo político de “cero bajas” abrazado por los gobiernos de Occidente bajo la presión de la opinión pública después de las campañas militares en Irak y Afganistán. La doctrina de “cero bajas” –por el lado del actor más fuerte, claro está– se consigue, como señala Luján, a fuerza de que «el riesgo se transfiere a las poblaciones» (p. 25) de la Periferia global.

El libro también hace referencia a cómo se lleva a cabo el señalamiento de “objetivos” haciendo uso de la captación masiva por los Estados de datos de móviles. En una auténtica sacralización del Big Data, ya no se realiza el seguimiento de personas, sino de las señales de los teléfonos móviles, que se comparan, según una serie de baremos, con los parámetros de terroristas y cuyos resultados determinan la supuesta peligrosidad de una persona. Con estos criterios, el abanico de posibles sospechosos se amplía enormemente. A pesar de ello, como bien ha señalado Luján en un artículo posterior: «Los drones en el ensamblaje mundial de la excepción» (Blog *El País*, 16 de diciembre de 2015), la acumulación masiva de datos y la entrada en vigor de leyes para un mayor control ciudadano, por ejemplo, del tráfico en internet, no evitó los atentados de París –o los de Bruselas–, aunque se han utilizado para justificar la petición de más capacidades de control por parte de las agencias de seguridad.

Haciendo gala de la arbitrariedad que caracteriza a la “cultura del dron”, el “veredicto” en la selección de los “objetivos” se emite sin mediar proceso judicial alguno en los “Black Tuesdays”, las reuniones del presidente Obama y su equipo de agencias de seguridad en las que se determina quiénes serán eliminados, lo que convierte estos ataques en asesinatos extrajudiciales en toda regla.

El autor argumenta acertadamente cómo el debate sobre los drones está basculando interesadamente para reducir el problema a la tecnología en un giro tecnofetichista que despolitiza sus acciones y oculta los engranajes institucio-

nales que generan violencia, para reemerger repolitizado en clave militarista.

Aunque hoy son las poblaciones de algunos países empobrecidos las que tristemente ponen las víctimas de los drones, la “cultura del dron”, como bien trasmite el autor, nos afecta a todos porque degrada los niveles de lo que es aceptable en el marco político y jurídico –e incluso ético– de las relaciones globales. La “cultura del dron” forma parte de la *Gran Involución*, ese movimiento de desposesión, degradación de derechos y ensanchamiento de las asimetrías que está reconfigurando el actual orden global. En definitiva, a través del examen de la “cultura del dron” el libro de Luján arroja luz sobre el ensamblaje de relaciones de poder que posibilita el ejercicio de la violencia estatal y el control social en el siglo XXI.

Nuria del Viso
FUHEM Ecosocial

NARCOTRÁFICO Y CRIMEN ORGANIZADO. ¿HAY ALTERNATIVAS?

Mabel González Bustelo

Icaria, Barcelona, 2014

237 págs.

Cuando escribo este texto aún retumba en nuestros oídos la última, por el momento, detención de Joaquín Guzmán Loera, El Chapo. Durante días hemos podido ver, escuchar y leer montones de detalles sobre su cautiverio, sobre la relación y fascinación que se estableció entre el Chapo y la actriz Kate del Castillo, sobre los deslices que permitieron descubrir al narcotraficante o sobre la entrevista que Sean Penn le hizo.

Sin embargo, se han ofrecido pocos análisis sobre el narcotráfico y sus consecuencias e impactos en términos sociales, políticos y eco-

nómicos. Como tantas otras veces, se ha hablado de lo anecdótico y se ha dejado fuera de plano lo sustancial.

Por eso hacen falta libros como el que ha escrito Mabel González, para ayudarnos a entender mejor algunos de los importantes fenómenos que nos acechan y cuya complejidad suele pasar desapercibida. Mabel González, una periodista con una larga trayectoria de análisis en el ámbito de conflictos y seguridad, nos ofrece la posibilidad de adentrarnos en un mundo del que sabemos muchas cosas (noticias puntuales, alguna matanza, algún episodio concreto, etc.) pero que habitualmente desconocemos en su profundidad y alcance.

El libro, profusamente documentado, ofrece un análisis del narcotráfico, del que destaca su capacidad de adaptación y evolución en un entorno cambiante, analiza críticamente la política sustentada en la prohibición, ofreciendo buenos e interesantes elementos para el debate, y pone en duda la lógica, y supuesto éxito, de priorizar la dimensión militar que hasta el momento la comunidad internacional ha dado a la lucha contra el narcotráfico.

La realidad del mercado global de las drogas es contundente: una media de 230 millones de personas en todo el mundo consumen, al menos ocasionalmente, algún tipo de droga ilegal. Solo en Estados Unidos, el valor económico de las ventas de drogas ilícitas se estima en 150.000 millones de dólares. El crimen organizado alrededor del comercio de drogas tiene graves y evidentes consecuencias humanitarias y de salud pública pero también, por sus implicaciones, contribuye a la perduración o degeneración de los conflictos armados, a la proliferación armamentística y a la virulencia de terrorismo y otras formas de violencia. Como apunta la autora «la interacción de economía ilegal, violencia y conflictos ha generado contextos donde es difícil definir cuáles son las causas y motivaciones de la violencia y cuál la verdadera naturaleza de los actores armados» (p. 27).

Un crimen organizado que es cambiante. González señala que la fijación por los “capos”

forma parte de un esquema que, aunque jugoso en la ficción, se encuentra fundamentalmente superado en la realidad. El narcotráfico y el crimen organizado mutan rápidamente, se adaptan y sobreviven a los embates que reciben y, por ejemplo, aunque mantienen evidentes dimensiones jerárquicas, también han sabido desarrollar dinámicas organizativas más “actuales”, en clave de descentralización, mayor movimiento y flexibilidad, etc.

En general, el narcotráfico y el crimen organizado han sabido adaptarse, y aprovechar a fondo, mejor que otros sectores, los cambios provocados por la globalización: la producción, las rutas de tránsito y el consumo se producen en lugares diferentes, siempre buscando el mayor encaje en función de las necesidades y de la capacidad de sortear las limitaciones que sufre.

Por ello, la autora destaca que algunos ataques al narcotráfico muy localizados y puntuales ofrecen poca posibilidad de éxito. El acoso, por ejemplo, del negocio de la coca en Colombia puede redundar, en el llamado “efecto globo”, a un traslado de cultivos a Perú o Bolivia. Como apunta la autora «en el conjunto del área andina, la superficie total de cultivo y producción se ha mantenido relativamente estable durante décadas» (p. 77).

Una mirada crítica a la política de prohibición total de las drogas recorre todo el libro. Y es más que razonable que así sea. En términos históricos, siempre han existido “drogas” y ello no ha supuesto en ningún momento un problema grave para la salud y la seguridad. En términos políticos, aunque solemos considerar lo contrario, la política prohibicionista es reciente, se fundamentó en consideraciones políticas (y de otro tipo) discutibles y su “consenso” se alcanzó más por evitar ser anatemizado que por una fuerte convicción respecto a su acierto. La autora aporta datos, fechas y contextos que culminaron en la creación, algo ficticia y débil, de este consenso prohibicionista.

Y es que, tal como pasó con el alcohol, la prohibición y la represión del consumo de dro-

gas ha conseguido un considerable número de efectos contrarios a los deseados: más consumo, mayor extensión de la producción, incremento de la criminalidad al crecer los grupos que querían entrar en el mercado ilegal y sus beneficios, etc.

Por otro lado, países que han intentado otras vías, como Portugal, han conseguido algunos buenos indicadores en salud pública y, en cambio, no se ha apreciado un incremento descontrolado de consumidores o de atracción de narcotraficantes.

A parte de la falta de visión que supone no entender que en muchas zonas hay un cierto vínculo cultural con algunos cultivos y que, en otros casos, supone el único sustento para muchas comunidades empobrecidas. En muchos de esos casos, una lucha frontal contra las drogas (como los planes financiados por los países desarrollados y, especialmente, los Estados Unidos) que suponga fumigación y erradicación –sin diálogo ni ofrecimiento de salidas para las comunidades afectadas– puede ser percibido como un ataque que, en cambio, facilita el acercamiento de esos sectores a las organizaciones criminales que trafican con drogas.

Es una tendencia muy generalizada la de abordar y enfocar problemas complejos de índole social, política y económica con respuestas militares simplistas. Una tendencia tan generalizada como negativa. No solo porque no supone solucionar los problemas planteados sino porque, en términos estrictos de seguridad, ofrece resultados negativos. Lo vemos en algunas cuestiones de la política exterior e internacional existente, en el enfoque de la lucha contra el terrorismo (ignorando que, por ejemplo, su crecimiento ha ido a la par que la “guerra contra el terrorismo”) y, tal como apunta la autora, se puede percibir perfectamente en el ámbito de la lucha contra las drogas. Los numerosos planes, bajo el enfoque de “guerra al narcotráfico”, no han supuesto una disminución significativa del acceso, tránsito y consumo de drogas, sino más bien un recrudescimiento de las dinámicas criminales y mafiosas. Así, tanto la actividad del cri-

men organizado como la respuesta militarizada han generado un sinfín de atropellos a los derechos humanos y las libertades y, en los entornos de conflicto armado, han supuesto una intensificación de los procesos de violencia.

El libro pone el foco en América Latina y analiza profusamente los casos de México y Colombia. Siendo una región fundamental en el mercado de las drogas, fruto de su cercanía a Estados Unidos, es evidente que América Latina ha sido receptora “privilegiada” del enfoque “oficial” de respuesta militarizada. Y, por ello, también han emergido más voces críticas con ese enfoque.

Y, otra vez, nos damos cuenta de la prioridad que, en términos de políticas oficiales de seguridad se da a las repuestas reactivas militares (sean adecuadas o no) frente a las políticas de promoción, prevención y consolidación de la paz. Si Estados Unidos contribuyó con 10.000 millones de dólares al Plan Colombia (que fundamentalmente se centraba en la ayuda militar, obviando otras dimensiones), este mes de febrero, y ante las perspectivas de paz en Colombia, se comprometió con solo 400 millones para respaldar el proceso de paz.

Aunque la autora ofrece un interesante capítulo sobre alternativas y otros enfoques (despenalización, fin de la prohibición, no centrarse tanto en la oferta y actuar sobre la demanda, etc.), es evidente que nos encontramos ante un problema de enorme complejidad: por sus muchas vertientes (económicas, sociales, sanitarias, etc.) y por su dimensión global, aunque con problemáticas específicas y locales. No es fácil dar con alternativas ni proclamar su absoluta fiabilidad. Toda intervención, propuesta o política que se implemente puede generar impactos no previstos o efectos colaterales negativos en otros aspectos.

Pero quizá va quedando claro que la política de prohibición total y de “guerra contra las drogas” ha generado mayores y peores impactos que las drogas en sí mismas.

Por cuestiones de salud pública y de garantías en términos de seguridad, libertades y dere-

chos, es imprescindible que la comunidad internacional se plantee otras miradas, enfoques y estrategias en la política sobre las drogas. Libros como el de Mabel González ayudan a ello.

Jordi Armadans

Politólogo, periodista y director de FundiPau

RAZÓN, FE Y REVOLUCIÓN

Terry Eagleton

Paidós, Barcelona, 2012 [2009]

222 págs.

Frente a cualquier obra de Terry Eagleton suelen existir al menos tres buenos motivos para consagrar nuestro tiempo a su lectura: se trata de un coloso del pensamiento humanista actual con una vastísima cultura interdisciplinar, además se trata de un gran escritor agraciado con el don de poseer un inteligente (a la par que agradablemente disparatado) sentido del humor. ¿Y el tercero? Como colofón, el catedrático de la Universidad de Mánchester y miembro de la Academia Británica es uno de los marxistas más lúcidos de nuestro tiempo. Pues bien, estas tres características están felizmente reunidas en *Razón, fe y revolución*.

¿Pero qué hace un socialista militante, que se atrevió a escribir un libro defendiendo a un histórico ateo (*Por qué Marx tenía razón*, Península, 2011), hablando de una cuestión como la fe? “Razón” y “revolución” se sobreentienden dada su perspectiva política, ¿pero fe? ¿Acaso estamos de vuelta con la teología de la liberación o más bien se trata de un ensayo mediante el cual, apostando decididamente por la *razón*, anulamos la *fe* e iniciamos la *revolución*?

En realidad, la obra que nos ocupa surge de unas conferencias impartidas en el marco de la Fundación Dwight Harrington Terry en la

Universidad de Yale. Esta institución pretende incorporar las verdades de la ciencia y la filosofía a la estructura de una religión mejorada. Eagleton impartió las conferencias en respuesta al ateísmo militante y reductoramente racionalista de dos intelectuales liberales: Richard Dawkins (científico popular por su teoría de los “memes”) y el recientemente fallecido Christopher Hitchens (periodista y ex militante de la izquierda). Una pareja que, todo sea dicho, es apodada con una ironía que raya la mala uva bajo el acrónimo de “Ditchkins”. Pero no solo para referirse a los autores de *El espejismo de Dios* (Espasa, 2009) y *Dios no es bueno* (Debate, 2008) respectivamente, sino para englobar a aquellos que Eagleton considera los nuevos sacerdotes de una religión “antirreligiosa” que pretende hallarse fuera de todo pensamiento no alumbrado por la poderosa luz de la ciencia y la razón.

Desde el prefacio se aclara que se comparan muchas de las críticas humanistas vertidas contra la religión pero no aquellas lanzadas contra un muñeco de paja fácilmente derribable erguido sobre una visión empobrecida, caricaturesca y falaz de esta. Así se contrastarán las críticas de los “Ditchkins” con una visión teológicamente fundamentada del Evangelio.

En el primer capítulo, el autor contrargumenta las acusaciones que considera infundadas contra la religión (como la que sugiere que es una explicación del mundo superada por la ciencia). En realidad, ciencia y religión responden a preguntas diferentes. Eagleton reflexiona sobre el libre albedrío como un regalo de Dios a los hombres que posibilita que haya ateos militantes como los “Ditchkins”, precisamente porque, en su trascendencia e infinito amor, no nos necesita. El autor se imagina a Dios como un gran esteta, pues la ciencia encuentra un orden y una coherencia en el universo que la precede y permite su existencia. Como apuntó Einstein: «lo más incomprensible del mundo es que es comprensible». Dios no es un todopoderoso mago que crea de la nada (como *metafóricamente* se describe en el Antiguo Testamento)

sino más bien la precondition de todo lo existente. Además de apuntar algunas coincidencias positivas entre el liberalismo que profesan los divulgadores ateos y el cristianismo que atacan, se señala que, pese a los denodados esfuerzos de la Iglesia por probar lo contrario, cristianismo y sexualidad no tienen incompatibilidad alguna para Jesús. Al final del capítulo, se esboza una tesis que se repetirá a lo largo del libro: la importancia de la fe para construir un “amor político” que fundamente la ética socialista.

En el segundo capítulo se acusa al cristianismo y al comunismo en el poder de haber traicionado sus orígenes revolucionarios, en parte de igual forma que el liberalismo, actualmente servil a la sacrosanta codicia empresarial. Sin embargo, Eagleton indica que ambos contienen en sus textos fundacionales herramientas suficientes para realizar su más despiadada crítica. Y para ello, el catedrático en Teoría Crítica se sirve de un modo provocadoramente sugerente tanto de Jesús de Nazaret como de las reflexiones de Karl Marx o Santo Tomás de Aquino. Con un magistral dominio de la dialéctica, analiza los aspectos positivos y negativos de la ambivalente herencia de la Ilustración: desde la libertad de pensamiento hasta la guerra de Irak. Este modo de analizar la realidad también le permite sugerir que, en la lucha contra la irracionalidad asesina de, por ejemplo, el terrorismo islamista, no basta con censurar y tildar a sus militantes suicidas de “psicópatas sedientos de sangre” presos de una “cultura inferior” sino que es necesario reconocer en ellos lo peor de nosotros mismos. Acto que los cristianos conocen como “arrepentimiento”. Quizás de esta forma podamos entender las causas materiales (de las que somos corresponsables) por las cuales seres humanos como nosotros, en determinadas circunstancias (pobreza, guerras imperialistas, etc.), pueden llegar a realizar las brutalidades que cometen, para poder erradicarlas definitivamente.

Lo civilizado y lo bárbaro no son antagonicos absolutos sino diferentes momentos de una realidad sincrónica donde la razón camina

impregnada de su contraria. Así, del mismo modo que los socialistas reconocen el legado positivo del liberalismo o la burguesía, también hay que aceptar, aun con sus múltiples y conocidos crímenes, los logros de la religión y sus creyentes. Cuestión sobre la que los “Ditchkins” guardan, convenientemente, un silencio maniqueo. Este tipo de razonamiento dialéctico y autocrítico permitirá a la izquierda laica y a los razonables amantes de la ciencia entender que *fe* y *razón* no son enemigos irreconciliables.

En el tercer capítulo de este pequeño gran libro se explica que hasta la persona más racionalista o atea parte de unos valores que no puede explicar desde la razón o la ciencia, sino desde un lugar que las precede y de donde surge gran parte de lo relacionado con la religión y la cultura. Seamos creyentes, agnósticos o ateos; liberales, socialdemócratas o seguidores de la IV Internacional, todos necesitamos un mínimo de fe para realizar las actividades diarias. Frecuentemente precisamos de una confianza científica y racionalmente indemostrable en nuestras ideas, proyecto político, trabajo, familia, pareja, etc. Sin ella sería imposible sobrevivir. Incluso el científico necesita tener fe en las fuentes de otros colegas para desarrollar sus investigaciones. Solo el integrista confunde *fe* con *conocimiento*. Son planos diferentes que pueden o no intercarse. La ciencia, aunque es necesaria y éticamente imprescindible para construir una civilización democrática, puede equivocarse, es dependiente del contexto histórico y a veces arriba cargada de valores, prejuicios y limitaciones. Tenerlo presente es muestra de un racionalismo atemperado que entiende un hecho innegable atendiendo a nuestra materialidad: que cuando las razones se agotan, como animales culturales que somos, todavía nos queda el amor. Y en ausencia de este: la desesperación, el odio y la venganza.

En el último capítulo se desmenuzan las interacciones y oposiciones que se producen entre la civilización, basada en la racionalidad, y la(s) cultura(s), compuesta(s), sobretodo, de valores. Es la interacción entre lo que podemos

elegir y lo legado, modernidad y tradición. Eagleton diagnostica que el capitalismo está produciendo un peligroso divorcio entre civilización y cultura, entre una sociedad burguesa cada vez más fríamente materialista, escéptica, agnóstica, y el espacio de los amores, las pasiones o la trascendental semántica que encarna la vida y la muerte. El autor considera que tanto el cristianismo como el socialismo pueden tender puentes que unifiquen civilización y cultura para alumbrar un futuro mejor. Algo para lo que el humanismo liberal se muestra incapaz debido a que su discurso apela exclusivamente a la razón sin ahondar sus raíces en los sentimientos o las emociones.

El libro contiene varios de los temas favoritos de la bibliografía de Eagleton, como sus reflexiones sobre determinismo y libertad o sus ácidas críticas al posmodernismo, el culturalismo, el relativismo cultural, el imperialismo estadounidense o el estalinismo. Así mismo, la obra se halla salpicada por apasionados a la par que cívicamente ilustrados alegatos a favor del socialismo como único proyecto factible para evitarnos un futuro (todavía) más bárbaro que el presente. Sumado a lo anterior, encontraremos lúcidas reflexiones sobre arte, cultura, psicoanálisis y humanidad.

En el apartado de críticas solo puedo señalar una y es que en ocasiones Eagleton sugiere interpretaciones heterodoxas del Nuevo Testamento aludiendo a expertos que nunca llega a citar pese a que el libro cuenta con una (breve) sección de notas. En este sentido, considero adecuado acompañar la lectura de los primeros capítulos con los Evangelios comentados por el propio autor que Akal publicó hace unos años.

En definitiva, la diferencia que separa a los “Ditchkins” de humanistas como Eagleton, pese a confiar ambos en las capacidades de la especie para mejorar su presente, es que los primeros son liberales que *creen* dogmáticamente en el progreso y las ilimitadas posibilidades del ser humano, mientras que los segundos, denominados “humanistas trágicos”, albergan la convic-

ción que ese futuro mejor nacerá cuando nos enfrentemos a lo peor de nosotros mismos. Solo habrá progreso si en un ajuste de cuentas histórico con “el Progreso” le quitamos la mayúscula inicial sin tirar también al niño con el agua sucia, deporte de riesgo usualmente practicado por los posmodernistas, con los que se polemiza enérgicamente en base a una visión crítica de los logros del pensamiento racional. Volviendo al inicio, los partidarios ilustrados de las tres vertientes del humanismo trágico (socialistas, cristianos y psicoanalistas) creen que solo a partir de un proceso de renuncia y reconstrucción, la humanidad podrá alcanzar la tercera y última palabra que titula esta deliciosa obra: la revolución.

Jon E. Illescas

Doctor en Sociología y Comunicación y
Licenciado en Bellas Artes

LA PRIMAVERA ÁRABE REVISITADA. RECONFIGURACIÓN DEL AUTORITARISMO Y RECOMPOSICIÓN DEL ISLAMISMO

Ignacio Álvarez Ossorio (ed.)

Prólogo de Bernabé López García

Aranzadi, Madrid, 2015

230 págs.

La oleada de revueltas antiautoritarias que recorrieron el mundo árabe comenzó para algunos autores, como Bernabé López o Noam Chomsky, con las movilizaciones que tuvieron lugar en noviembre de 2010 en el campamento de Agdam Izyk en el Sáhara Occidental. La opinión más extendida es, sin embargo, la de que se iniciaron en una pequeña localidad del interior de Túnez –Sidi Bouzid– en diciembre de 2010 extendiéndose desde allí al resto del mundo árabe.

La intensidad y la escala de estas movilizaciones atrajeron el interés de los medios de comunicación y de la opinión pública por las sociedades y los procesos de democratización en el mundo árabe. La caída del presidente Ben Ali en Túnez, la de Mubarak en Egipto o las de Gaddafi en Libia y Saleh en Yemen pusieron además en cuestión el paradigma de la “resiliencia autoritaria” de los Estados árabes mostrando la necesidad de que la investigación académica prestara mayor importancia a las dinámicas sociales y políticas desde la base de las sociedades.

Bautizada mediáticamente como “primavera árabe”, fue considerada por algunos como un acontecimiento histórico de importancia equivalente a la caída del Muro de Berlín, al situar en primer plano a las sociedades árabes como motores de unas movilizaciones que acababan con el mito del excepcionalismo árabe en relación a la democracia y demostraban la efectividad de la acción civil no violenta. Este relato, como acertadamente señaló J. LL. Mateo Dieste, sustituía el estereotipo orientalista del “homo islamicus” pasivo y fatalista por el de un “homo arabicus”, abiertamente inconformista y revolucionario.

Pese a las particularidades de los procesos en cada país, en un primer momento se buscó una narrativa común para explicar unos procesos *bottom-up* que se retroalimentaban entre sí a través de la utilización de esloganes comunes «el pueblo quiere que caiga el régimen» (alcha’ab yurid isqat al-nizam), de las retrasmisiones realizadas en directo por la cadena al-Yazira y de la utilización de las redes sociales para organizar, coordinar y difundir las movilizaciones.

Ese optimismo inicial se fue desvaneciendo gradualmente. La “primavera árabe” comenzó a ser vista como un “otoño” preludio de un “invierno islamista” ante los retrocesos autoritarios. Todo ello contribuyó a una fragmentación de la narrativa común como consecuencia de la asimetría y heterogeneidad de los cambios internos y del efecto del conflicto sirio en donde la

revuelta, inicialmente pacífica, se transformó en una guerra civil con repercusiones geopolíticas regionales. Cinco años después, el desafío al autoritarismo árabe ha dado lugar a situaciones muy diversas en un contexto de inestabilidad regional que sirve de coartada para la regresión autoritaria: fortalecimiento del autoritarismo en Bahrein, involución y golpe de estado en Egipto, guerra civil en Siria y Yemen, colapso del Estado en Libia, reformas preventivas en Marruecos y Jordania, pervivencia del *statu quo* en Argelia y democratización en Túnez.

El amplio interés suscitado por las revueltas árabes dio lugar a un *boom* editorial tanto en árabe como en lenguas europeas. Entre 2010 y 2015 fueron publicados en inglés doscientos libros y más de mil artículos académicos sobre el tema. En español, el interés también ha sido notable y se ha traducido en libros, artículos y monográficos de revistas especializadas como los publicados por la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* o *Affers Internacionales*. Muchas de las contribuciones fueron editadas al hilo de los acontecimientos y tuvieron un carácter esencialmente descriptivo. El tiempo transcurrido desde 2010 está permitiendo la publicación de trabajos académicos que, con más perspectiva, analizan caso por caso los procesos de cambio y también las dinámicas de retroceso autoritario.

La obra colectiva aquí reseñada se enmarca en esta última categoría de publicaciones de obligada consulta como también lo son las de Paloma González del Miño (ed.), *Tres años de revoluciones árabes* (2014) y la de David Perejil (ed.), *¿Qué queda de las revueltas árabes?* (2015). Todas ellas ponen al acceso del lector en lengua española una reflexión crítica sobre el origen y devenir de las revueltas árabes.

La primavera árabe revisitada. Reconfiguración del autoritarismo y recomposición del islamismo constituye una oportuna y necesaria aportación a la literatura en castellano en la que se analiza no solo el origen y desarrollo de las revueltas sino los avances y retrocesos experimentados en los últimos cinco años

en Oriente Medio y el Magreb desde una perspectiva interdisciplinaria. El libro realiza este balance en 9 capítulos a través de una selección de casos que proporcionan al lector una mirada global.

Existe consenso en considerar que la oleada de protestas de 2011 respondieron a factores endógenos y no fueron el resultado de las políticas de promoción de la democracia impulsadas por Estados Unidos y la Unión Europea. Dos capítulos del libro están dedicados a analizar la respuesta de estos dos actores ante unas revueltas inesperadas. Una mirada crítica hacia la política de Estados Unidos en este ámbito es realizada por José Abu Tarbush, profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de la Laguna. Tras situar la política estadounidense de promoción de la democracia en el mundo árabe en un marco más amplio de la política exterior de este país, el autor señala los riesgos de que la actual inestabilidad en la región pueda volver a servir de coartada para mantener el apoyo a las dictaduras como garantes del orden regional.

La respuesta de la Unión Europea es analizada críticamente por el profesor Bichara Khader de la Universidad Católica de Lovaina. La respuesta de Bruselas está condicionada por la situación de crisis económica y financiera y también por la inercia de las lógicas burocráticas internas vinculadas a su acción exterior. La inclusión de las relaciones con los países del Mediterráneo sur en una Política Europea de Vecindad única en la que quedan englobadas asimismo las relaciones con los países vecinos del Este de Europa resta agilidad y capacidad de reacción. La respuesta de la UE, inicialmente de carácter declarativo, supuso un aumento limitado de los recursos financieros y la creación de algunos nuevos instrumentos, pero no se tradujo en una revisión en profundidad de unas políticas que más allá de su proclamado carácter trasformativo habían contribuido a sostener el *statu quo* autoritario y que no respondían a las expectativas de la sociedad civil del sur.

Las revueltas árabes también abrieron una ventana de oportunidad para otros actores que

con diferentes objetivos y estrategias han tratado de ganar peso en la región. Fue el caso, en un primer momento, de Turquía, pero también el de Irán y sobre todo el de Rusia. Quizás un capítulo dedicado a estos actores y su papel en la región hubiera proporcionado al lector una visión más global del papel desempeñado por los agentes exteriores.

Ese, sin embargo, no es el principal objeto del libro. El objetivo es el de hacer un valoración de las dinámicas seguidas en una selección de países tras 2011. En este marco no podían faltar el análisis de Túnez y Egipto. En ambos casos la caída de sus dirigentes allanó el camino a procesos de transición muy diferentes. El caso de Túnez es abordado por Guadalupe Martín, profesora de Ciencia Política en la Universidad de Granada y fina conocedora del juego político en el país, tal y como ya demostró en su tesis doctoral sobre los procesos electorales durante el régimen de Ben Ali. Los logros alcanzados en el ámbito institucional y que podemos sintetizar en la elaboración de una Constitución consensuada, la celebración de elecciones legislativas y presidenciales, el ejercicio de alternancia en el poder y la superación de crisis políticas a través del diálogo permiten que la experiencia tunecina pueda ser presentada como una "excepción" en el mundo árabe. El caso de Egipto es analizado por Víctor Manuel Amado Castro, profesor de Historia en la Universidad del País Vasco. A diferencia de Túnez, en Egipto la experiencia democratizadora quedó abortada en 2013 cuando el ejército, piedra angular del régimen egipcio, consiguió retomar el control del país a través de un golpe de Estado y de una cruenta represión contra los Hermanos Musulmanes tras su fallida experiencia al frente del gobierno.

Uno de los aspectos que más sorprendió a los observadores en 2011 fue que no fueran eslóganes islamistas los que movilizaron a la población sino demandas exigiendo libertad, dignidad, democracia y desarrollo. Aunque los movimientos islamistas participaron en las movilizaciones con un perfil bajo fueron, como organizaciones bien estructuradas, los que mejor

supieron capitalizarlas en las elecciones celebradas tras las revueltas en Túnez, Egipto, Marruecos y Libia. Uno de los aspectos más interesantes de este proceso fue que el campo político islamista se ensanchó con la aparición de nuevos actores dando lugar a una rivalidad por el control de ese espacio político. Es en este marco en el que se inserta la politización de los movimientos salafíes que hasta entonces rechazaban la creación de partidos políticos y que, sin embargo, tras la caída de Mubarak acaban creando cuatro formaciones. Rafael Ortega, profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada y uno de los mejores especialistas en los movimientos islamistas de Egipto y Sudán, analiza los orígenes, evolución y adaptación de las corrientes salafíes en Egipto tras la revolución de 2011.

La transformación de la revuelta popular siria en un conflicto de alcance regional, con la implicación de actores internacionales, es analizada por Ignacio Álvarez Ossorio, profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante, reconocido especialista en Oriente Medio y editor de la obra. El «gran juego sirio» es el título escogido por el autor para analizar de forma rigurosa pero también didáctica el juego de intereses cruzados que atraviesan la situación en Siria. La multiplicidad de actores e intereses en juego hace que para un no especialista sea difícil seguir las lógicas que alimentan el conflicto en el marco de una nueva guerra fría en Oriente Medio entre Arabia Saudí e Irán. Este capítulo proporciona las claves para interpretar un conflicto cuyas repercusiones no solo afectan a los países vecinos sino también a la Unión Europea como lo muestra la crisis de refugiados.

Ignacio Gutiérrez de Terán, profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Autónoma de Madrid, aborda el caso de Libia y muestra cómo el proceso actual en el que está inmerso el país es en gran medida consecuencia de las estructuras heredadas del periodo gadafista que han dado lugar, a diferencia de lo que ocurre en Túnez y Egipto, a una transición sin Estado, con núcleos en un contexto de caos

político e institucional que, como el autor señala, puede desembocar en una guerra civil de consecuencias imprevisibles pero con un beneficiario seguro, el yihadismo armado.

La literatura sobre las revueltas árabes ha prestado menos atención a su impacto en Palestina, cuyo conflicto pasó mediáticamente a un segundo plano. Por ello es de especial interés el capítulo redactado por Isaías Barreñada, profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid, sobre «Sociedad civil, movimientos sociales y activismo político en la Palestina post-Oslo». El autor sostiene que, aunque el repunte de las movilizaciones políticas coincide con los cambios en la región, es sobre todo fruto de un contexto particular de la crisis del proceso de paz, el debilitamiento del sistema de partidos del Movimiento Nacional Palestino y la transformación y reactivación de las formas de acción colectiva contra la ocupación.

El libro también incluye un estudio sobre la evolución del régimen político de Rəcəp Tayyep Erdogan en Turquía entre 2005 y 2015. Turquía trató de jugar un papel más relevante en la región al hilo de las revueltas árabes presentándose como un modelo de conciliación entre democracia e islamismo político. El capítulo redactado por Marién Durán y Javier García Marín profesores de Ciencia Política en la Universidad de Granada muestra, sin embargo, los retrocesos en materias de libertades que el país ha experimentado durante los últimos años lo que lleva a los autores a considerar el sistema político turco como un sistema iliberal, es decir, aquel en el que los derechos de libertad de expresión y prensa, aunque reconocidos, tienen un carácter restrictivo.

Aunque el escenario analizado en esta obra es mucho menos halagüeño que el de hace cinco años, conviene subrayar que, más allá del alcance de los cambios políticos acontecidos, el despertar árabe ha transformado la cultura política de una generación de jóvenes que se han repolitizado, adquiriendo una mayor conciencia como actores insoslayables del cambio en sus

sociedades. Algo similar ocurre con las mujeres que desempeñaron un papel muy activo en 2011 y que han aprovechado aquella ventana de oportunidad para ocupar mayores espacios.

Miguel Hernando de Larramendi

Director del Grupo de Estudios sobre las Sociedades Árabes y Musulmanas (GRESAM)
Universidad de Castilla-La Mancha

RUTAS SIN MAPA. HORIZONTES DE TRANSFORMACIÓN ECOSOCIAL

Emilio Santiago Muiño

Los libros de la Catarata

144 págs.

No sé cuántos textos más se presentaron al premio Catarata de Ensayo 2015, pero el que lo ganó, el libro de Emilio Santiago Muiño, desde luego que lo merecía. El trabajo está bien estructurado, tiene ritmo, profundidad, es claro y tremendamente relevante para el momento de crisis civilizatoria que vivimos. Su estilo y contenido a veces recuerdan a los de Jorge Riechmann, uno de sus referentes indiscutibles, aunque desde luego Emilio realiza aportaciones y reflexiones propias.

En el primer capítulo se pone sobre la mesa un breve y crudo diagnóstico del momento actual. Es un comienzo necesario, pero en el que el autor no entra en grandes detalles para poder centrarse en el objetivo del libro: discutir sobre posibles estrategias y caminos a seguir en el abierto futuro que tenemos por delante. De hecho, en ese primer capítulo ya lanza algunas ideas generales.

El siguiente apartado arranca con la pregunta: «¿Los seres humanos hacen la historia o esta se desarrolla por el despliegue de estructuras impersonales que marchan por encima de la

voluntad de las mujeres y los hombres?» (p. 37) o, dicho de otra forma, ¿en las sociedades dominadoras son determinantes las decisiones de las personas en los vértices de poder o la propia estructura genera sus lógicas? Este es un debate que no es nuevo, pero que debe reeditarse continuamente en cualquier proceso de transformación emancipadora. Emilio concluye que «ni sometidos a la fatalidad de la historia como la profecía de un oráculo ni superhombres capaces de replantearlo todo desde la ingeniería social: el lugar propio de lo humano es un pequeño margen para el equilibrio entre nuestra frágil libertad y nuestras fuertes determinaciones» (p. 45). El texto no abarca en toda su profundidad este debate (ni lo pretende), pero tal vez hubiera estado bien discutir algo más sobre la dialéctica fluida entre la conformación por parte de las estructuras sociales de los valores individuales, gratificando unos y censurando otros y, a la vez, la continua reelaboración de esas estructuras por parte del tejido social y, en este proceso, de las personas que protagonizan estos cambios.

En el capítulo «Metafísica económica y oscurantismo espectacular» se repasan los límites de la economía neoclásica y de la sociedad del espectáculo para siquiera entender el mundo. Un capítulo claro y conciso que sitúa «una correlación de fuerzas titánicamente desigual para librar la batalla por un sentido de la vida que vuelva a ser socioecológicamente razonable» (p. 58).

A partir de este punto se abren las partes del libro más interesantes desde mi punto de vista. La crítica al Estado como agente de cambio y al «socialismo real», que abarca dos capítulos, es profunda, contundente y señala elementos centrales para la estrategia a seguir. Emilio argumenta con solvencia la «sumisión estructural de la política al mercado» y el fracaso del «socialismo real» en la creación de subjetividades liberadoras. Tal vez, hubiera estado bien profundizar algo más en estos temas. Por ejemplo, se podría haber confrontado la necesidad de la lógica estatal de construcción de hegemonías,

que siempre implica alguna dosis de sometimiento; frente a las lógicas más libertarias de construcción desde abajo que se suelen estructurar a partir de autonomías, en las que puede convivir con más facilidad la diversidad. También las diferencias entre la toma del poder y la recuperación del poder en lo que supone respecto a la construcción de nuevos órdenes sociales.

A partir de este punto, el libro empieza a bajar más al terreno de lo concreto. Primero presenta al movimiento de ciudades en transición y argumenta la importancia de que incorporen una visión y unas prácticas anticapitalistas. Centrado ya en las ciudades en transición, señala las políticas que deberían ponerse en marcha desde las instituciones del Estado y las nuevas en proceso de creación. Unas medidas que recogen las propuestas que el ecologismo social lleva mucho tiempo trabajando.

Finalmente, retoma uno de los debates determinantes en nuestra coyuntura: el de la articulación de estas experiencias con el poder. Aquí Emilio aboga por «estrategias duales» con las que superar las dicotomías dentro-fuera de las administraciones del Estado. En palabras suyas: «Aspiramos a participar en una ruptura más humilde que facilite un contexto de experimentación social donde podamos construir frenos de emergencia y embriones poscapitalistas al margen de un foco mediático que, por ahora, tenemos culturalmente perdido. La única posibilidad que se otea en el horizonte es un proceso constituyente en sentido jurídico, corrido a la izquierda, de carácter abierto y en marcha (como son los procesos constituyentes latinoamericanos) dedicado a la consecución de algunas tareas transversales que sirvan de trampolín para cambios más audaces en el medio plazo» (p. 124). La apuesta que lanza el libro es tremendamente complicada y arriesgada, algo que no oculta. Es más, como las propias experiencias latinoamericanas muestran, con pocas posibilidades de éxito en lo que se refiere a la transformación de la matriz productiva considerando los desafíos ambientales que tenemos.

Es un reto que se antoja casi imposible sin cambiar el sistema económico y los imaginarios sociales que le acompañan. Pero también es cierto que el camino de equilibrista que propone Emilio probablemente es el único posible, una vez analizadas, como hace, las limitaciones de la actuación solo desde lo local en nuestra coyuntura actual.

El actor de esta toma del poder estatal sería un «partido social que es un partido solo metafóricamente. El término recupera la vieja noción de partido (...): una facción de la sociedad aglutinada y parcialmente organizada en un espacio de comunicación e interacción práctica en pos de una serie de objetivos. El partido social no es ni podrá ser nunca una institución orgánica. Es antes una realidad en red viva y muy diversa que entrelaza confluencias y alianzas de una pluralidad de colectivos y actores sociales extremadamente diversos» (p. 125). La verdad es que resulta un poco desconcertante la elección por parte de Emilio del término “partido social”, cuando de lo que habla en nuestros términos culturales se acerca más a un movimiento social o, si acaso, un partido-movimiento.

El libro concluye con algunas ideas sobre cómo abordar el imprescindible cambio cultural partiendo de que «a casi todos les resultará más fácil poner su voto a favor de cualquier solución de extrema derecha que prometa recuperar la opulencia perdida metiendo a los inmigrantes en centros de trabajo forzados que ponerse a construir, desde la base, una vida cotidiana más comunitaria y más sencilla si esta no deja de estar ligada a un imaginario de penuria y esfuerzo» (p. 131). Por ello, Emilio sostiene que «ser capaces de construir una idea de vida buena, incluso de vida en plenitud, en un escenario de contracción de nuestro metabolismo económico es, exactamente, la disputa que determinará el futuro del mundo» (p. 131). Para conseguirlo, la poesía y la “lujosa pobreza” se presentan como dos elementos centrales.

Como comentario menor, el libro equipara las salidas fascistas con las autoritarias en varios momentos. Aunque el fascismo implica el

autoritarismo, se diferencia de otras opciones autoritarias en que es un movimiento social. Los escenarios futuros regresivos no pasan necesariamente por el neofascismo, pero sí por autoritarismos.

En resumen, un texto de muy recomendable lectura para una pausada reflexión colectiva posterior.

Luis González Reyes
Miembro de Ecologistas en Acción